

La Guerra Civil en el recuerdo

EL recién pasado año conmemoró el 60 aniversario del fin de la Guerra Civil española. ¿Cómo resumir la enorme bibliografía que ha generado? Al final, toda ella puede quedar reducida a muy pocos asuntos, máxime si hay que explicarla a las jóvenes generaciones de hoy. Sirvan como sustento del intento de este estudio dos «leit motiv». El primero, que ya cabe afirmar con una cierta perspectiva —la que proporciona ser hijos de su inmediata posguerra—: que si una guerra es mal para todo el mundo, una guerra civil es mal absoluto. Y el segundo, la frase con que finalizaba el diario manuscrito de campaña que entre 1936 y 1939 hizo un voluntario anónimo de Franco, herido por dos veces, hoy compartida por todos los de entonces dos bandos: «que en adelante no se pueda repetir jamás guerra alguna y que la paz sea patrimonio de todos los españoles».

**Javier M.^a Donézar Díez de
Ulzurrun***

* Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Autónoma de Madrid.

La Niña Bonita

ESPAÑA, en aquellos primeros días de la República (abril de 1931), estaba rebosante de alegría, recuerda Madariaga, después de los siete años de Dictadura del general Primo de Rivera. La revolución había sido tan limpia, tan pura de todos los excesos que, con demasiada frecuencia, empañan los momentos dramáticos de la historia humana, tan libre de toda intervención militar, tan clara expresión de una opinión pública sin asomo de violencia, que la primera emoción que su triunfo causó en los republicanos fue una ufana alegría. España parecía demostrar al mundo occidental cómo un régimen monárquico de los más antiguos de Europa había caído por unas «simples» elecciones sin que en el país se hubiera disparado un solo tiro. La cosa tenía su mérito porque España desde principios del siglo XIX no había destacado precisamente por hacer transiciones pacíficas. Así que la II República fue nominada como lo había sido la Primera (1873): la Niña Bonita.

Pero, ¿España era realmente republicana? Las elecciones de abril de 1931 para elegir a los regidores de los municipios de España habían traído la República porque los partidarios de ésta habían vencido en las principales ciudades, aunque en el balance numérico total habían ganado los monárquicos. Ya esto no era al caso y no cabe hacer cábalas sobre el asunto. El último Presidente de Gobierno de la Monarquía, Berenguer, escribió: *Monarquía o República aparecían como el dilema que el país había planteado, sin que por nadie se recordara que por el momento se trataba solamente de unas elecciones administrativas.* Lo cual no significaba sino que España se había dividido en dos.

En realidad, lo de que España se encuentre permanentemente dividida en dos ha sido algo habitual en su Historia. Se dividió entre liberales y carlistas, entre anticlericales y clericales. Y en la Gran Guerra de 1914 entre aliadófilos y germanófilos, y llegaron a cruzarse muchas apuestas sobre quiénes podrían ganar. Ahora eran monárquicos y republicanos e, inmediatamente, iban a ser derechas e izquierdas. Pero en esta última división se incluyó un aditamento comprometedor: el de unos modos intransigentes.

Lo cual no era nuevo, porque la intransigencia ha determinado todo lo que en la vida pública española ha venido ocurriendo desde el siglo XIX, y es la que explica tanto los fracasos periódicos de los gobiernos parlamentarios y las apariciones periódicas de la dictadura como los separatismos y las guerras civiles. Incluso hoy, después de una Transición y una reconciliación que resultó tranquila —donde si los «vencidos» actuaron elegantemente, no

menos elegantemente actuaron los «vencedores» que fueron capaces una tarde cualquiera de disolver las Cortes y autodisolverse—, se vuelve a preguntar a los españoles dónde están con respecto a su parecer sobre la guerra.

Los años de la República

POR eso la historia del régimen de la República es, en esencia, la de la lucha, a la vez, por encontrar un centro para existir y la de la lucha con los extremos (izquierda y derecha) que querían impedirle cobrar fuerza. Ganaron los extremos y España se vio desgarrada por la guerra.

Los mismos años de existencia de la República ya son todo un ejemplo de vaivenes y oscilaciones. La Constitución nació el 9 de diciembre de 1931 y murió el 18 de julio de 1936. En esos cuatro años y medio, vivió España tres giros distintos en su vida pública; a la izquierda (9 de diciembre de 1931 a 3 de diciembre de 1933); a la derecha (3 de diciembre de 1933 a 16 de febrero de 1936); y, otra vez, a la izquierda (16 de febrero de 1936 a 18 de junio de 1936). Durante el primer período, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado de la derecha (agosto de 1932). Durante el segundo período, la derecha en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado de la izquierda (octubre de 1934 y claro intento de guerra civil). Durante el tercer período, la izquierda en el poder tuvo que hacer frente a un alzamiento armado, y definitivo, de la derecha.

Vaivenes, pues, y una creciente radicalización de posturas que hace, con los años transcurridos, que no pueda echarse la culpa de la guerra a un solo bando.

Faltó prudencia y moderación en los mismos gobiernos republicanos, porque sus enemigos eran la otra mitad, y hubo mucha prisa por solucionar problemas de siglos: la cuestión de la Iglesia católica y sus privilegios, la reforma agraria o los estatutos regionales. Pero a ningún observador extranjero se le escapaba, ya en 1931, que podían propiciarse situaciones de alteración pública con un artículo 1.º de la Constitución que decía: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y justicia».

España, quizás por la índole intolerante de su carácter nacional, se ha movido desde siempre a base de estereotipos extremos que, además, suelen resultar inamovibles a lo largo de varias vidas. De ahí que si en un principio

de triunfo de la República fue símbolo de un progresismo intelectual («quien fuera intelectual era progresista»), de una ideología de izquierda y de un sentimiento «popular», y la Monarquía, por el contrario, símbolo de una España de terratenientes, de clérigos y de primitivos industriales manchesterianos, luego —asentado el régimen republicano—, se produjo una nueva escisión que para nada invalidaba la primera partición que he mencionado. El editorial de la revista *Leviatán* de 1.º de mayo de 1934 la señalaba: «*El dilema, en fin, no está en España entre Monarquía o República (...), el dilema estriba entre si la República ha de ser de tipo fascista, como sueñan las derechas y han comenzado a practicarlo, o si ha de ser una República social, como quiere la clase obrera. Hay que elegir*».

En realidad, fue en ese año de 1934 —lleno de convulsiones de pre-guerra civil— cuando se observó que el republicanismo moderado, el republicanismo «sereno» —con una democracia liberal «a la europea»— con la que habían pensado intelectuales elitistas como Madariaga, Sánchez Albornoz, Marañón u Ortega y Gasset, había fracasado. Sobre todo, porque estos idealistas del concepto «República» estaban en contra de las alteraciones violentas; no podían soportar que con el régimen republicano se quemaran conventos o que un gobierno concreto de derechas tuviera que sofocar con el ejército y la legión —a sangre y fuego— la revolución de los obreros de Asturias. Era ya el «no es eso, no es eso» de los que habían creído en una «tercera España» alejada de extremismos.

Al año siguiente, 1935, la división de España se hizo todavía mucho más evidente; porque, al margen del régimen político de gobierno, todo iba a quedar en adelante en una cuestión de fascismo y antifascismo lanzada por la III Internacional comunista. Ya no cabían colores grises en España sino tan sólo blancos y negros, y era el momento de los Frentes Populares europeos.

El Frente Popular ganó las elecciones el 16 de febrero de 1936 y los republicanos moderados se quedaron solos. En los meses siguientes, y de forma decidida, se enfrentaron izquierdas y derechas en una cadena de atentados, y el resultado fue un desconcierto general del gobierno. En un artículo publicado el 25 de junio en *El Sol*, titulado «Los plenos poderes», Miguel Maura —republicano de primera hora— afirmaba: «(...) Un ambiente de incertidumbre y congoja atenaza hoy el espíritu de todos los españoles que no quieren verse envueltos en el remolino de la barbarie anarquista. El «todo menos eso», que es la última expresión de la repulsa a un estado de cosas y a una política, está hoy en los labios de la inmensa mayoría de las gentes, incluso de aquéllas que, por militar en los partidos de izquierda, pusieron toda su ilusión en el triunfo del 16 de febrero».

La guerra

EL 18 de julio de 1936 se produjo el golpe de Estado del general Franco que marcó el comienzo de la guerra civil. No se ha dilucidado demasiado sobre quiénes iniciaron en verdad la guerra; y tampoco se ha escrito sobre por qué el gobierno de la República no optó por pactar con los militares, o retirarse para evitar la sangre como había hecho Alfonso XIII. Pero lo cierto es que España quedó dividida en dos y en ambas partes puede decirse que se produjo un vacío de poder.

Desde luego así fue en las provincias sublevadas en tanto que en las leales sucedió algo muy parecido puesto que el Gobierno no controlaba la situación. En el invierno de 1936-1937, la República sólo aparecía como un Estado unido en las páginas de la prensa extranjera, porque la división era la característica de todas las instituciones. En realidad, el Estado legal se había empezado a romper en julio de 1936 y su Gobierno estaba contemplando su disolución bajo el impacto de lo que ya era una guerra y una revolución social. Se había derrumbado el poder en las provincias y municipios siendo sustituido por otro organizado en «Juntas», «Milicias» y «Comités» que ejercían el poder real, organizaban los primeros frentes de guerra y controlaban en todos sus aspectos la vida ciudadana. Las palabras «incautación» e «intervención» de bienes de los llamados ricos, más el «paseo» a los considerados «facciosos» fueron en los primeros meses las palabras dominantes de un pueblo formado en patrullas.

Cuando se impuso la necesidad de una organización, los gobiernos republicanos se encontraron con un dilema. El Partido Comunista, apoyado por el Comintern de la URSS, propuso la unidad: «primero ganar la guerra a los fascistas, siendo necesaria la unidad de todos los antifascistas (según el esquema del Frente Popular), y luego la revolución social»; y ello en contra de los anarcosindicalistas que defendían «hacer la guerra y, a la vez, la revolución social». Prevalció la primera opción, pero una permanente oposición callada le impediría, al final, lograr el objetivo; y falló la concentración de objetivos o un gobierno fuerte capaz de encauzarlos.

El Nuevo Estado

ESTAS divisiones y pugnas internas no se produjeron en la zona franquista. Y una vez que comenzó la guerra fue fundamental la doble operación de ganarla y construir un «Nuevo Estado».

Franco había fracasado en el plan del golpe de Estado de controlar Madrid, pero su ambición se encontró de repente con una posibilidad insólita, la de convertirse en Jefe de Estado si seguía la guerra iniciada. En este sentido, lo tenía todo a su favor: por un lado, los militares, y sobre todo los «africanistas», eran conscientes de la necesidad de mantenerse unidos para ganar la guerra y, por otro, ante las derechas no tenía más que presentarse con el concepto que había presidido los programas políticos de aquéllas, esto era, orden, lo cual suponía también unidad.

Si entre 1923 y 1930, con Primo de Rivera, se conocen dos fases perfectamente diferenciadas: una «destructora» y otra «constructora», las mismas pueden aplicarse en el intento de Franco. Una «destructora» mediante la creación de un vacío de poder y de políticas republicanas. Fueron suspendidos de sus funciones todos los funcionarios y militares republicanos y suprimidos todos los partidos políticos, de cualquier signo, y organizaciones sindicales. *El carácter netamente nacional del movimiento salvador iniciado por el ejército (...) exige un apartamiento absoluto de todo partidismo político (...), pues todos los españoles de buena voluntad están fervorosamente unidos al ejército, símbolo efectivo de la unidad nacional».*

Era el punto de partida, pero el Nuevo Estado comenzó a andar en cuanto se produjo la incorporación de la Iglesia católica a la nueva política. La actuación de la jerarquía eclesiástica para vincular «orden con religión» frente a «anarquía-atéismo» resultó esencial para la aceptación popular de Franco y limó muchas asperezas internas entre los sublevados. Podría afirmarse que al ampliarse el concepto de «orden-religión» a «nacionalismo unitario-religión» ya estaban dispuestos los pilares del Nuevo Estado.

Por otra parte, una guerra que se iba prolongando necesitaba la invención de una mística especial que no había sido precisa para el mero golpe de Estado militar. El cardenal primado Gomá, y en unos días en que no veía con malos ojos «una República laicizante, pero de orden», llegó a afirmar: *«en la actualidad luchan España y la anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie».* La identificación de la «verdadera España» con la «católica España» y la denominación de la guerra como «Cruzada» sería la necesaria mística a la que nos referimos.

Y una única ideología política en la que los «27 puntos» de un partido político pequeño como Falange se convirtieron en la norma programática del Estado. El modelo que se quería implantar era «autoritario y nacionalista» más que «totalitario», que hubiera requerido un enorme aparato administrativo. De todas formas, todo muy en la línea tradicional de los jefes mili-

tares españoles, para quienes desde el siglo XIX venían bastando dos o tres ideas, «Patria orden y unidad».

A partir de la única religión y la única ideología política, fue extendiéndose el lema de «unidad frente a anarquía» en los ámbitos de la vida cotidiana. La unidad se extendió a todo: a la nueva cultura, a la nueva enseñanza —con las consiguientes purgas previas—, a la Administración, al mundo del trabajo con un sindicato único de «productores», o a la formación de un único partido, que no era partido sino Movimiento.

La culminación de este empeño por la unidad puede ser la Orden del Boletín del Movimiento de 1.º de noviembre de 1937 por la que se obligaba a «la unidad de gritos» en manifestaciones, concentraciones y desfiles («Franco, Franco, Franco, ¡arriba España!, ¡viva España!» y «España, Una, Grande y Libre»), señalándose que cualesquiera otros serían sancionados.

El desenlace final de la guerra

HABRÍA que hacer una pregunta: los mismos hechos de la disgregación del estado republicano o de la conformación del Nuevo Estado de Franco —que se iba consolidando a medida que avanzaban sus tropas— ¿fueron los causantes de la derrota del primero y de la victoria del segundo? Durante mucho tiempo se pensó que aquéllos tuvieron mucho que ver, pero en los últimos años se ha comprobado que dichos procesos internos podían haber dado resultados diferentes.

El resultado en sí de la guerra es impensable sin una estrecha vinculación con el contexto internacional. El golpe del 18 de julio no se hubiera prolongado en una larga contienda si el gobierno, reconocido internacionalmente como legal, hubiera recibido de inmediato un fuerte apoyo diplomático; sin embargo, la Sociedad de Naciones también con el caso de España confirmó la inutilidad de su sistema de seguridad colectiva. Y se produjeron dos acciones opuestas; por un lado, la ayuda que recibieron los sublevados por parte de las potencias del Eje desde el primer día que fracasó el estricto golpe de Estado y, por otro, los orígenes de una política de no-intervención defendida por Gran Bretaña y Francia. De ahí que se convirtiera en esencial y predominante la reacción soviética hacia la España republicana, una vez que tuvo constancia de dicha no-intervención. Helen Graham, en un libro reciente coordinado por Paul Preston y titulado *La República asediada*, señala que la política que destruyó lentamente a la República fue la practicada

—de modo implícito o explícito— por las potencias democráticas occidentales que sostuvieron infatigablemente la «No-intervención».

Y hay que añadir que a partir de 1938, y con una guerra prácticamente decidida, tampoco hubo mediación para acabarla cuanto antes por aquello de que mediar e intervenir sería, en cierta forma, dar una «salida airosa» a Franco.

Desde luego, acompañó mucho a Hitler desde el primer momento la idea de que la guerra estaba dirigida contra el caos, la anarquía y el comunismo. Justamente lo que venía defendiendo en su libro *Mi lucha*. Pero había otro aspecto no menos importante: si en España triunfaba el golpe militar se alteraría el equilibrio en Europa occidental en la medida en que a un régimen pro-francés (y con Frente Popular) le sustituiría otro de signo contrario. En cambio, si al final resultaba victoriosa la revolución de la izquierda, el bloque franco-soviético podría verse ampliado con el apoyo de la República española.

Para Mussolini primó el ayudar a la reacción contra el comunismo y el antifascismo. Pero no puede olvidarse algo más, algo mucho más «italiano»: ayudar a Franco podía suponer conseguir un aliado en el Mediterráneo, capaz de mantener una neutralidad aquiescente y de reconocer siempre las prestaciones italianas a la hegemonía de la zona.

En resumen

DESPUÉS de este rapidísimo recorrido, queda algo pendiente y que interesa sobremanera: el régimen de Franco no buscó nunca la reconciliación de las dos Españas. Ésta comenzaría a producirse en 1975, después de su muerte. Pero no ha acabado, porque han pasado veinticinco años y todavía los españoles seguimos reconciliándonos. Debe ser por nuestra idiosincrasia porque unos, de vez en cuando, siguen lanzando el mensaje de «no pasarán», y los otros responden con el «ya hemos pasado».

Sin embargo, es hora de considerar que el territorio del «no pasarán» y el de «ya hemos pasado» es el mismo; común para todos, libre para todos, abierto para todos, y aquellos límites y fronteras no tienen sitio, ni oportunidad, ni sentido.

Lo que llega después de una guerra civil es siempre la parcialidad que viene y nace de la muerte. Porque es ésta la que verdaderamente hace la zanja entre los dos bandos. Según donde se esté, hay un bando que mata y

un bando que muere; pero sólo la reconciliación, que es un modo de amor, puede vencer a la muerte y a su obra. Porque ya, a estas alturas, no cabe seguir escribiendo que las balas de unos, que mataban, eran balas de «libertad» y las de otros, que también mataban, eran balas de «tiranía».

Ahora que estamos en el año 2000 hace falta buscar una forma de comunidad, esa comunidad que, teniendo memoria, opta por no usarla para no entorpecer su propio futuro.